Solemnidad. Anunciación del Señor (25 de marzo)

Jesús viene al mundo gracias a la fe entregada de María Virgen, modelo de fidelidad

"A los seis meses envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una joven virgen, prometida de un hombre descendiente de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Entró donde ella estaba, y le dijo: «Alégrate, llena de gracia; el Señor está contigo». Ante estas palabras, María se turbó y se preguntaba qué significaría tal saludo. El ángel le dijo: «No tengas miedo, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Será grande y se le llamará Hijo del altísimo; el Señor le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin». María dijo al ángel: «¿Cómo será esto, pues no tengo relaciones?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el niño que nazca será santo y se le llamará Hijo de Dios. Mira, tu parienta Isabel ha concebido también un hijo en su ancianidad, y la que se llamaba estéril está ya de seis meses, porque no hay nada imposible para Dios». María dijo: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel la dejó" (Lc 1,26-38).

1. En el prefacio de la misa de hoy leemos esto: "Llegada la plenitud de los tiempos, Dios envió su mensaje a la tierra y la Virgen creyó el anuncio del ángel: que Cristo, encarnado en su seno por obra del Espíritu Santo, iba a hacerse hombre por salvar a los hombres". A nueve meses de la Navidad, celebramos cuando el ángel anunció a María que sería la Madre de Dios.

«**En el sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a un pueblo de Galilea que se llamaba Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María**». El ángel «entra» en la casa donde se encuentra María y la saluda: «**Alégrate, favorecida, el Señor está contigo**». La salvación se divisa ya en el horizonte; de ahí ese saludo de alegría, que significa: «que Dios te ha concedido su favor/gracia», «porque has encontrado favor/gracia ante Dios». La misión es inmensa, y también lo será la gracia, para cumplir –las lecturas de hoy van en esta línea- la voluntad de Dios, como también lo hará su hijo, del que se dirá que «el favor y la gracia de Dios descansaban sobre él» (2,40).

«**El Señor está contigo**» es el motivo de ese "alégrate", el Señor con nosotros –como celebramos en la Misa- es el motivo de nuestra alegría, y fórmula usual en para indicar en la Biblia la solicitud de Dios por un determinado personaje. El saludo no provoca temor alguno en María, sino

sólo turbación por la magnitud de su contenido (a diferencia de Zacarías). «**No temas, María, que Dios te ha concedido su favor. Mira, vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo, y le pondrás de nombre Jesús**».

María, y no José, contra toda costumbre, es la destinataria del mensaje, y la que impondrá a su hijo el nombre de «**Jesús**» («**Dios salva**»): «**Este será grande, lo llamarán Hijo de Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su antepasado; reinará para siempre en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin**». Hijo del Altísimo, en quien se cumplirá la promesa dinástica…

María no pide garantías, pregunta sencillamente el modo como esto puede realizarse: «**¿Cómo sucederá esto, si no vivo con un hombre? [no estoy conociendo varón**]" y el Ángel le señala: «**El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, al que va a nacer, lo llamarán "Consagrado", "Hijo de Dios**". Se anticipa aquí toda Pentecostés y cumplimiento de profecías y signos mesiánicos: la idea de «la gloria de Dios / la nube» que «cubría con su sombra» el tabernáculo de la asamblea israelita Ex 40,38).

Es el nacimiento de una humanidad nueva, donde se cumple lo que se anunciaba en las lecturas de la reciente fiesta de San José: Dios concede una descendencia, una tierra, una alianza: la numerosa descendencia es la Iglesia a la que se pertenece por la fe; la tierra será la esperanza del cielo; la alianza es la filiación divina.

El anuncio a María, desposada con José, pero sin cohabitar con él (los esponsales eran un compromiso firme de boda: podían tener lugar a partir de los doce años y generalmente duraban un año), es en Galilea, región paganizada; Nazaret, pueblo de guerrilleros; muchacha virgen, de la estirpe davídica por parte de su futuro consorte: es la imagen viviente de la gente del pueblo fiel, pero sin mucha tradición religiosa. Y ahí tiene lugar la encarnación de Dios en la historia, lo más divino que pueda acontecer (Josep Rius-Camps, "Diario Bíblico"): "Cuando el mundo dormía en tinieblas / en tu amor quisiste ayudarlo / y trajiste, viniendo a la tierra, / esa vida que puede salvarlo" (Himno de Vísperas en Adviento).

Dios «ha escogido lo débil del mundo, para confundir lo fuerte» (1Cor 1,26). El Señor mira a María viendo la pequeñez de su esclava y obrando en Ella la más grande maravilla de la historia: la Encarnación del Verbo eterno como Cabeza de una renovada Humanidad (Josep Vall). Qué bien se aplican a María aquellas palabras que Bernanos dijo a la protagonista de *La alegría*: «Un sentido exquisito de su propia flaqueza la reconfortaba y la consolaba maravillosamente, porque era como si fuera el signo inefable de la presencia de Dios en Ella; Dios mismo resplandecía en su corazón»".

2. El Señor dijo a Acaz, en medio de intereses políticos egoístas de ese rey: «**Pide al Señor tu Dios una señal, aunque sea en las profundidades del abismo o en las alturas del cielo**». Y Acaz no quiso, en su corazón torcido. Entonces, leemos cómo Isaías dijo algo que no podían entender, algo que sólo se entiende con la Encarnación que hoy celebramos: "**Escuchad, pues, casa de David: ¿os parece poco cansar a los hombres, para que queráis también cansar a mi Dios? El Señor mismo os dará una señal. Mirad: la virgen encinta da a luz un hijo, a quien ella pondrá el nombre de Emmanuel"**.

El salmo centra la atención sobre la misión de Jesús, que puede hacer suyas estas palabras: "**Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, no pides holocaustos ni sacrificios por el pecado; en cambio, me has abierto el oído, por lo que entonces dije: «Aquí estoy, en el libro está escrito de mí: Dios mío, yo quiero hacer tu voluntad, tu ley está en el fondo de mi alma**»". Se aplican de maravilla estas palabras también a la Virgen, luego profetizará en el "Magnificat" esa obediencia. La expresión "me abriste el oído" literalmente es "me cavaste las orejas" que puede entenderse como me "hiciste tu siervo de por vida", o "me hiciste escuchar y conocer" como el maestro con el discípulo, pero la versión griega que indica "me preparaste un cuerpo" va en la primera línea.

"**Pregoné tu justicia a la gran asamblea, no he cerrado mis labios; tú lo sabes, Señor. No he dejado de hablar de tu justicia, he proclamado tu lealtad y tu salvación, no he ocultado tu amor y tu fidelidad ante la gran asamblea".** Palabras que se aplican a Jesús y a María, y también a nosotros que podemos vivir ese apostolado de al verdad.

3. Leemos en Hebreos que "**es imposible que la sangre de toros y machos cabríos quite los pecados. Por eso, al entrar en este mundo, Cristo dijo: No has querido sacrificios ni ofrendas, pero en su lugar me has formado un cuerpo".** Es la vida de Jesús, que se despoja de la divinidad para hacerse uno de nosotros, y hacer la voluntad del Padre, y proclamar: **"No te han agradado los holocaustos ni los sacrificios por el pecado. Entonces dije: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad, como en el libro está escrito de mí".** Y ahí tenemos nuestra salvación pues "**en virtud de esta voluntad nosotros somos santificados, de una vez para siempre, por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo**".

"Nuestra Madre es modelo de correspondencia a la gracia y, al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria. (...) Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: «he aquí la

esclava del Señor hágase en mí según tu palabra». ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos «la libertad de los hijos de Dios»" (J. Escrivá, *Es Cristo que pasa* 173).

Llucià Pou Sabaté